uniforme que sobre los lomos de la bestio lba cargado.

La noche, cerrada ya por completo, abría en el cielo sus brillantes ojos. Vefanse las blancas casas de Villera, y entre ellas, per didas, algunas luces. Sonaron las melancólicas campanadas del Ave María, y todos los payeses se descubrieron para rezar la oración de la noche.

Lejanas, confusas, se oían las canciones de los payeses rezagados, que sonreían á las viñas, pródigas aquel año, sin pensar ante la muerte que entre ellas caminaba seguida de rezos.

Los del cortejo, con las barretinas en la mano y caída sobre el pecho la cabeza, seguían la cantinela de Antón, el «masober» de los Ramonclá, que recitaba: «Dios te salye, María; llena eres de gracia...»

—«Santa María madre de Dios....»—susurraban los otros.

Y la luna, perdida en lo alto entre gasas sombrías, sonreíase burlona.

## XVI

Don Enrique Llosas González y Perico Ramonciá llegaron á Villera con muchas ilus siones en la maleta. Llosas confiaba en Perico para el triunfo de su candidatura. Para el catedrático de Derecho Civil, ser diputado era tanto como ser dichoso. Don Fernando Moura, Director de El Diario, había dicho á Ramonciá:

—Haga usted cuanto le sea posible para que triunfe la candidatura de Llosas. Los votos de Villera los tiene usted seguros y en los otros pueblos vecinos al suyo se puede trabajar y salir triunfante. Llosas es un buen amigo y debemos ayudarle.

Perico no perdió tiempo. Avisó al Alcalde de Villera, y Ramón Serrra, aunque tenía sobrados motivos para aborrecer a Ramonelá, hizo cuanto pudo, dejando á los electores hechos una seda. El mismo Don Felipe Martorell trabajó con actividad y entusiasmo la candidatura de Don Felipe. El candidato contrario á éste era un monárquico «de mala pinta» que gozaba de muy pocas simpatías entre los villerenses, en su mayor parte republicanos «de corazón».

Esto, unido á que Ramonclá apoyaba la candidatura de Llosas y al ofrecimiento de un espléndido arroz con pollo para los vo tantes favorables, acabó de decidir á los que aun dudaban. Hasta Pitaló, el veterano carlista, se hizo republicano en aquellas elecciones, votando en favor de Llosas.

El viejo Don Mariano recibió la visita de Ramonclá y el aspirante á diputado y mostróse con ellos muy afectuoso á su manera, jurando y volviendo á jurar que se podía contar con él para todo aquello encaminado á fastidiar á los curas.

—Porque yo,—decía, blandiendo su palo de boj,—me zurro con los curas. ¡Galzones, si me zurro! ¡Bueno va con boina! Votaremos por el republicano.... Es lo que se dice: Pitaló va en contra de los curas. ¡Y es-

to es la verdad, calzones! He dicho que es la verdad y es la verdad. A mi los curas no me dan nada. ¡Abajo los curas!...Al que no vote en Villera en favor del republicano, le rompo la cabeza. ¡Bueno va con boina, calzones!

Llosas, entusiasmado, ofreció su petaca al viejo Pitaló, quien, con gran regocijo por parte de Ramonclá, desparramó todo el tabaco, por empeñarse en liar por sí mismo un cigarro. En vano Don Enrique ofrecióse al veterano para hacer lo que Pitaló no podía; el viejo no estuvo contento hasta que vió vacía la petaca. Perico reíase á carcajadas.

En el salón de la «Juventud Villerense», pronunciaron Llosas y Ramonciá dos notables discursos, templando el alma de los votantes para la pelea. Todos los hombres de Villera acudieron á oír la elocuente palabra de los dos intelectuales.

Perico salió del paso con una breve pero entusiasta llamada á todos los republicanos «serios», presentando, al mismo tiempo, á sus paisanos, al hombre que había de representarles en las Cortes.

—Es un hombre honrado, —dijo, —un republicano convencido y un gran tribuno. Podéis poner en él vuestras esperanzas; á los hombres como el señor Llosas González, está reservada la regeneración de España.

Don Enrique que, más que amante de la República, era un enamorado de la notoriedad, habló en términos bastante contrarios á la afirmación de Perico respecto á que «era un gran tribuno».

Su oratoria no traspasaba los limitados valladajes de lo vulgar, y hablaba Llosas con cierta magestad, con una preponderancia de muy mal gusto. Pero á los villerenses les pareció Llosas un orador eminentísimo.

Perico había hablado en catalán y Llosas se excusó de no hacer lo mismo. Al comenzar su discurso, dijo:

—No os hablo en catalán porque mi pobre elocuencia desciende á mísera hablando el viril idioma de Verdaguer. Perdonadme, Carezco de la costumbre de hablar el catalán y estoy seguro que me entenderéis mejor hablándoos en la lengua en que os hablo: el sobrio castellano.

A Ramonclá le pareció muy mal este

parrafito. Llosas continuó con mayor em-

-Yo no he venido aquí á buscar votos para tener notoriedad, buscando al mismo tiempo un medio de ganar dinero; he venido á deciros: «Si me votáis, iré al Congreso para defenderos, para defender vuestros bienes, para hecer sonar vuestra voz de protesta cerca del Gobierno. Vosotros vivis lejos del que os gobierna; vosotros obedecéis á los que os mandan, protestando en lo privado; vosotros no estáis, no podéis estar co formes con los muchos chanchullos que el Gobierno lleva á cabo impunemente. Hace falta, pues, un hombre que, dando la cara al Gobierno, en las Cortes, con voz muy alta, diga á los de las martingalas: «¡Eh, señores! Aquí está prohibido el escamoteo: el que roba va á la cárcel. [Grandes aplausos]. Y esto no lo hacen todos los diputados, que en su mayor parte, buscando el medro personal, se venden á los gobernantes, dejando que éstos hagan de su capa un sayo y permitau que el distrito representado por él, siga siendo una minita de contribuciones, que enriquecen á más de cuatro vagos de levita. Y vosotros, ig-

CEPAS Y OLIVOS. - 52

norando lo que en Madrid pasa, cultiváis vuestras viñas, trabajáis sin descanso, para eonseguir una cosecha que, después, os roban el diputado y el Ministro de Hacienda. [Bravos y palmadas]. Yo iré al Gongreso para defenderos desinteresadamente; sólo busco la justicia, trabajo por amor á mis ideas, no para untarme la mano, que hay quién se la unta tanto, que llega á mancharse el traje. [Risas y aplausos]. He visto muchas levitas manchadas en el Congreso. [Más risas]. Y esto que son muchos los diputados que se cuidan más de las manchas de la levita que de las de la conciencia. [Ovación grande].

Aquí bebió Don Enrique algunos sorbos de agua, y prosiguió:

—Yo no puedo prometeros, como mi contrario, una torre nueva en la iglesia ni un nuevo reloj en la plaza. No soy rico, y aunque lo fuera, nada de esto os ofrecería, pagándolo de mi bolsillo. Y no es que crea que el reloj y la torre no hacen falta en la villa; en la villa hacen falta muchas cosas, entre ellas la justicia. (Rumores de aprobación). Tendréis reloj, torre...y hasta arbolado en

las calles. Yo procuraré que todo esto tengáis; pero que lo pague el Goblerno, que para esto os pasa recibos todos los semestres. Quiero para mis correligionarlos bienes v dichas; para ellos deseo lo que deseo para mí mismo Pero yo no puedo ofreceros dinero, sino trabajo, trabajo constante y firme honradez, lucha noble para derrocar la rutina que os dospoja de lo que es vuestro, para conseguir que se os dé lo que merecéis, ó por lo menos, que no se os quite lo que lleváis ganado con el sudor de vuestras frentes. [¡Bien! ¡Bien!] A esto he venido: á ofreceros cuanto soy y cuanto puedo, á que me hagáis diputado, si, pero para defenderos, no para medrar á espalas vuestras.

Se enfrascó y habló largamente del mal estado de los aranceles españoles, que impedían todo mercado en el extranjero, por cuya causa el vino no tenía salida y se vendía á un precio muy bajo; de la decadencia amenazadora de la patria, por lo que eran necesarios los hombres de probada honradez, para colocar á España en vía de una completa regeneración; disertó sobre el resobado tema religioso, haciendo ver la conveniecia

de que se separa la Iglesia del Estado; demostró la causa de que hubiera partidos de vergonzoso regionalismo y expuso, como remedio de todos los males, el requetesabido programa de una República fuerte y verdadera.

Los villerenses escuchaban atentamente, sin comprender muchas de las cosas que el orador decía, pero aplaudiéndolo todo con un entusiasmo creciente, extraordinario.

Perico Ramonelá, acostumbrado á aquellos discursos de promesas, protestas y desplantes, apenas se enteraba de nada, deseando que el discurso, que cambiaba de tema frecuentemente, terminara pronto. Allí había mucho palabreo, muchas disertaciones inútiles y muchas vulgaridades. El discurso de Llosas se iba convirtiendo, para Perico, en insoportable lata. Algo debió decir al entusiasmado orador muy por lo bajo, pues este paró en seco la fulminante marcha de su elocuencia cuando más contento estaba hablando de la República. Buscó Don Enrique una figura sugestiva para remate de su discurso, y eucontrándola muy de su agrado. lanzóla sobre las cabezas de los entusiasmados oyentes con donaire y gallardia. La ovación final fué delirante.

Esteban Carré, á quien hacía más de una hora le cosquilleaba la lengua, rompió con un entusiasta «¡viva nuestro diputado!», y el «¡vivaaa!» de respuesta duró agunos minutos: era una cola de voces «brillautísima».

Las elecciones se hicieron al día siguiente, con espléndido resultado para Don Enrique Llosas. Todos los villerenses votaron en su favor. No quiso, no obstante, el Catedrático de Derecho Civil apartarse de las urnas, desconfiando de su triunfo y con sospechas de que su contrario podría intentar alguna triquiñuela. En cambio, Perico pasó el día paseando por la Viñada, bajo el decadente sol otoñal y viendo recoger las olivas cafdas, olvidadas entre los terrones.

Se ocupaban en este trabajo algunas mujeres, para las cuales las elecciones tenían menos importancia que un jueves nublado, y recogían las olivas llevándoselas á su delantal, que se iban llenando poco á poco. El sol era tibio, amoroso, y en las viñas, donde verdeaban to lavía los sarmientos vestidos de pámpanos viejos, moribundos, trinaban, revoloteando, «pradals» y «pasturellas», como la última risa de una alegría que acaba. Los árboles, medio desnudos de hojas y pobres completamente de fruto, cabeceaban aburridos, y el cielo azul, chapeado por blancas y casi transparentes nubecillas, parecía profetizar la próxima llegada del antipático frío. A veces, ofase una detonación, cuyo eco retumbaba en lo lejano, y una banda de perdices cruzaban el espacio con vuelo fugitivo. Las cepas y los olivos, el sol y las nubecillas, el cazador y las perdices, todo daba al día un tinte, una expresión de tristeza que aun no ha motivado la primera lágrima.

Perico encontróse con su hermano Basilio, que andaba vigilando á las mujeres que recogían las olivas. Habíaton de las cosechas, de lo buena que había sido la de aquel año, hasta el punto de llenarse de vino todas las botas del «sallé» y de aceite todas las tinajas del desván. Después hablaron de las elecciones; pero sin entusiasmo de una ni de otra parte, hablando por hablar. Perico se aburría y su hermano estaba triste.

-¡Qué tienes hombre?-le preguntó el

«hereu»,—¿Qué te pasa? Te veo muy triso tón. ¿Has tenido alguna riña con tu novia?

—¡Déjame, tofiol—dijo Basilo muy mal humorado.—Estoy triste porque me pasan cosas muy gordas ¿sabes? Si el indiano sigue llevándome la contraria, yo hago una barbaridad. Esto no puede seguir así.

-¿Pues qué sucede, chico? - preguntô Pe rico, bastante intrigado.

—Nada extraño; lo que tenía que suceder...; Toño, si Don Felipe se niegal.... Pero ahora no puede negarse ¿sabes?.... Bueno; yo me entiendo. Si tú quieres saber, espera, que ya sabrás No quiero decirte dada.

Perico se calló. «A éste, pensaba mientras iban paseando por los bancales de la vi fia, le sucede algo grave. No conviene pincharle para que hable, porque es tozudo como él solo y, además, gasta un geniecito que ya te quiero un recado. El hablará si quiere, y si no quiere, con su pan se lo coma. Se trae un lío entre manos, no queda duda pero no quiero meterse en sus cosas. ¡Que se las componga como pueda!»